

EL TRIUNFO DE ÑANGÜE, HOMBRE DE NNOTE (RÍO BENITO)¹

Joaquín Mbomio Bacheng
Escritor, Guinea Ecuatorial

Nnote es el nombre de un río del distrito de Río Benito, es la segunda afluencia en orden de importancia, después de Nume, saliendo de Mbini, por la costa hacia Etembue. Este río vierte sus aguas en el Océano Atlántico después de un recorrido de unos treinta kilómetros en el interior de la selva. Nnote es una senda fluvial de corta distancia pero de gran caudal y alcance. En periodo lluvioso su curso se desborda inundando sus riberas a varios kilómetros. A veces, por su caudal sin control y llevado por la fuerza de su empuje, sus aguas invadían inmensos territorios poblados por pacíficos pescadores cuyas mujeres veían destrozadas sus plantaciones por el mal tiempo, invocaban entonces a los espíritus de la tierra, con ofrendas y sacrificios, para apaciguar a aquel genio fluvial que se declaraba en guerra. Al pasar el tiempo, con fuertes y repetitivos vendavales, las ofrendas al río se hicieron rituales y el genio de Nnote, agasajado y colmado por la generosidad de los hombres, se calmó clementemente, cayendo en un profundo sopor. Hoy, el río Nnote es un espejo fluvial sin destellos tumultuosos ni reflejos desbordantes. Es un curso apacible y suave cuyas aguas encierran mil misterios y secretos legendarios que, año tras año, van a desaparecer en las profundidades del fondo marino, a veces atravesando el inmenso océano. Las mujeres iniciadas en el hechizo del bueti que llevan también el espíritu del mibili nunca cruzan la desembocadura de este río sagrado.

El curso de Nnote nace en medio de la selva lejos de la costa marina. Sus aguas brotan en un bosque triangular, rodeado por tres aglomeraciones que en su tiempo configuraron un gran centro de gravitación religiosa bueti en medio de la selva africana. Fue una trilogía mística integrada por los pueblos de Nsagnam, Salom y Saba. Tenían

como capital religiosa Saba. Saba conoció su siglo de oro con Lucas Oden Mboa, consagrado obispo del Bueti y destacado oficiante de los ritos de la selva. Lucas Oden Mboa se dio a conocer en su tiempo, al enfrentarse con el presidente del gobierno autónomo de entonces, don Bonifacio Ondó Edú, durante una de sus giras en Mbini en 1965. Oden Mboa pidió a Ondó Edú una absoluta libertad de culto del bueti tal como se practicaba libremente en Gabón, en el vecino país del sur. Por su osada reivindicación a la muy católica administración colonial, Oden Mboa y sus seguidores fueron condenados a seis meses de prisión en la Cárcel Modelo de Bata. Glorificado por su martirio batense, la estrella de Oden Mboa renació entre los hombres adquiriendo una dimensión sin parangón en el cielo divino de la selva de Saba. Todos los habitantes de Mbini acudían a los centros de bueti, contruidos y camuflados en varios puntos del bosque del litoral riomunense. Sus liturgias duraban tres días y tres noches consecutivas como las reglas de Chama. Empezaban el jueves que era el “efun,” el nacimiento; el viernes conmemoraban el “nkeng,” la muerte, y el sábado celebraban el “meyaya,” el renacimiento, la resurrección. El “meyaya” era el momento cumbre de la semana.

Los sábados, día solemne de la celebración del “meyaya”, la resurrección, el bosque se llenaba de hombres, mujeres, niños, prohombres del distrito de Mbini, personajes ilustres de la comarca y caciques de la selva. Todos con fervor venían a alabar al “Mebeghe,” la divinidad suprema y al “Nzame,” el Dios nacido del huevo creador del universo. Todos venían a celebrar la liturgia del “Ngombi,” que brotaba de la mano de Oden Oboa en el frondoso bosque tropical. En Saba, el sumo sacerdote de la selva, “el nganga” con su canto lírico, oficiaba en el bosque como un ensalmo, llevando en peregrinación a sus discípulos hasta el lugar del nacimiento del Ndote, río sagrado y cuna de ancestros. Allí reunía a todos los fieles de la iglesia de la selva, muchos eran todavía candidatos a la iniciación “Mvoon,” otros eran “nima,” iniciados, también habían “kombo,” los discípulos, que tenían potestad de iniciar a los demás. Allí, en la espesura salvaje, Oden Mboa encendía la llama de su fe y salía del umbral de la muerte atravesado de parte a parte por una bola de fuego; allí se dejaba consumir entre las llamas de la muerte para renacer ileso; allí convertía a los infieles y bautizaba a los profanos al cabo de una larga sesión esotérica; allí, el ser simple, sin arraigo, alcanzaba la magnificencia de su existencia y la plenitud de su vida; allí, hasta el más impío de los seres vivientes lograba

su transfiguración de Tabor. Allí, por fin, el hombre de poca fe, al cabo de un largo periplo entre los muertos, regresaba iniciado, hecho “bandji”, vidente, sabedor de la verdad oculta y transmisor del mensaje ancestral.

Esta era pues la ocultada verdad del río Ndote. En sus aguas profundas fluye la historia de los hombres de Mbini. En su desembocadura, frente al mar, se levantaban varias chozas que con el tiempo se transformaron, poco a poco, en casas de mampostería, barrancos de barro cocido con techos de zinc y una escuela rural. Ndote llegó a tener rango de municipio comarcal. Punto de anclaje fluvial, encuentro entre el mito de la selva y la mar inmensa, sitio estratégico de observación, el poblado de Ndote era férreamente vigilado y visitado por la muy católica administración colonial española decidida a reprimir la mínima manifestación de culto religioso autóctono en Guinea. La comunidad de Ndote, al igual que el resto de la demarcación de Mbini, integraba todo el espectro etnolingüístico riomunense, ndowe, bisio y fang, principalmente. El buen hijo de Ndote se expresa en ndowe en la pesca, en fang en la caza y en bisio al caer la tarde. En tiempos coloniales, Ndote fue, al igual que los demás poblados vecinos de la ex colonia española, una próspera sociedad que producía para la venta y exportación: cocos, mangos de primera calidad, atangas y pescado. Ndote mantenía una fuerte rivalidad con comunidades vecinas como Nume y Jandje que también surtían el mercado del Mbini y Bata. Pero Ndote les llevaba la ventaja por su acceso a una doble vía de comunicación con Bata y Mbini: por vía marítima y por la carretera nacional, en tanto que Nume y Jandje solo disponían de una sola vía marítima. Últimamente se abrió un tramo de carretera que vino a unir Jandje a Ndote. Esta nueva situación vino a confortar todavía la supremacía del pueblo de Ndote. En Ndote se practicaba una excelente pesca animada por Ñangüe, un notable benga que por causas oscuras y muy corisqueñas se escapó de la isla de las arenas blancas para instalarse en la desembocadura del Ndote con todos los miembros de su clan, tres hermanos, dos mujeres y diecisiete hijos. De toda su progenitura Ñangüe solo tenía dos varones, el resto eran hembras.

A su llegada en Ndote, Ñangüe hizo alianza con el sumo sacerdote de la selva, Onden Nboa, a quien sirvió de bedel en la costa, al mismo tiempo que la administración colonial le encargaba la vigilancia comarcal ante subversivos brotes religiosos y prácticas

tradicionales. Para este cometido, los españoles dotaron al corisqueño con una impresionante flota pesquera de vigilancia. En la comandancia marina de Mbini se consideraba que muchos adeptos del prohibido bueti utilizaban el río Ndote como vehículo natural para llegar al lugar de sus celebraciones camufladas en la frondosa selva. Inversamente, la administración española consideraba también que aquella senda fluvial era el principal vector de la profana religión que desbordaba la selva difundiendo por todo el litoral continental. Aliado con Oden Mboa en la selva y guardián de la autoridad colonial española en la costa, Ñangüe se hizo indispensable en la constelación del entramado mundo del poder de Mbini. Faro de la administración colonial en la costa, Ñangüe era también la vela del soterrado poder negro de la selva. Nada se hacía ni se deshacía en la comarca sin que se haya sopesado su criterio, tanto en la selva como en la costa. Asistía semanalmente a la santa misa junto a las autoridades de la ciudad de Mbini, quienes requerían su incesante y utilísima presencia en la toma de decisiones de asuntos y realidades complejas que no contemplaba el imponente fuero español. En Mbini, Ñangüe llegó a ser intocable, como un hacendado andaluz, un cacique, dueño y señor del pueblo de Ndote.

En sus incesantes viajes a través del litoral riomunense, caminando en la costa, Chama había pasado varias veces por el poblado de Ñangüe. A veces se quedaba a descansar unas horas antes de reemprender su camino. La familia de Ñangüe era muy conocida también en Corisco; venían de Nanda, del clan Bodugu, mientras que su madre vivía en la otra parte de la isla, en Ibenga, era una Boboba. Cuando llegaba a Ndote, Matinga se daba un baño en el río sagrado saludando con su cuerpo desnudo a los espíritus del fondo fluvial. Iba luego, al caer la tarde, a saludar al monarca local Ñangüe, el jefe del poblado. Este conocía bien a la familia de la joven ndowe y conocía también el secreto de sus reglas. Ñangüe le daba la bienvenida en nombre de todos los seres de la comarca, vivientes y no vivientes, existentes y existenciales, añadía humorísticamente el filósofo africano. Ella se quedaba unos minutos sentada sobre las rodillas del gran hombre playero, recibiendo su bendición. Ñangüe era un patriarca. Su trayectoria se nutría de un influjo ancestral de su pasado tradicional. Pero también su personalidad, en constante mutación, se hallaba imbuida de los nuevos aires

preindependentistas que empezaban a soplar fuertemente en la pequeña colonia española en aquellos primeros años de la década de los sesenta.

Hombre de poder, Ñangüe sabía caminar siempre hacia la gloria, mudando de sitio, alternando alianzas, cambiando de ideas, manejando bienes y manipulando hombres. Este era Ñangüe, un hombre del instante, presto al momento. No dudaba en negar el pasado ni repudiar lo adverso para mejor conquistar el futuro ganando el presente. Hombre de intuición y determinación, la estrella de Ñangüe había nacido para brillar todo el tiempo; de noche como de día, en época de lluvias como durante la sequía, bajo el sol como ante la luna. La estrella de Ñangüe brillaba siempre en un espacio celeste sin umbral. De esta manera, inefable, el hombre de Ndote que era también afable había llegado a ser el cacique de todos los regímenes que Guinea conoció antes de su independencia. Su autoridad era irresistible en Mbini y su influencia era tentacular. En el litoral su poder se extendía desde Corisco hasta Bata. Cuando alguien de poca calaña le daba cara, Ñangüe lo tomaba como un descarado desafío a su augusta persona. Un reto que saldaba al instante. Entonces, el hombre de Ndote entornaba sus ojos semicerrados de ira y lanzaba un gran suspiro. Con voz lejana, cavernosa, como un grito de ultratratumba, recordaba a su interlocutor que él, Ñangüe, era el único ndowe que quedaba en vida y que podía hablar en todo momento, cara a cara, con el rey Uganda, el terrible jefe benga desaparecido en la mar hacia varios lustros. Un día, uno de sus visitantes, un insolente mozo buiko de Punta Mbonda, se mofó de su solemne advertencia; al instante, el jefe ndowe le arrastró hasta la playa, allí le arrancó de cuajo un lóbulo de la oreja que utilizó en el acto como cebo en su anzuelo y lo echó al mar. Poco después la oreja picaba. Los hombres de Ñangüe tiraron la cuerda del nilón y sacaron de las aguas a un enorme tiburón que llevaba impreso bajo su vientre un impresionante tatuaje con letras doradas donde se podía leer claramente “ÑANGÜE;” acto seguido Ñangüe retiró del estómago del escualo la mitad de oreja que todavía sangraba y se la devolvió a su visitante, muerto de pavor, colocándosela como antes estaba. Desde aquel día, la fama de Ñangüe llegó hasta la metrópoli. En Madrid se supo que había un hombre en Guinea cuyo nombre proclamaban todos los peces del mar.

Ñangüe era un buen ndowe, nadie podía precisar su edad ya que el hombre de la playa nunca se envejece sino que rejuvenece con la senectud. Ñangüe archivaba sus recuerdos al pasar el tiempo sin gran desgaste físico. Se levantaba todos los días a la misma hora, a las cinco y media de la mañana. Bajaba a la playa para colocar sus redes en compañía de sus pescadores. Cuando todas las barcas se habían hecho a la mar, Ñangüe daba una vuelta en sus plantaciones. Tenía diez hectáreas de café, cinco hectáreas de cocoteros y una finca de mangos. El hombre de Ndote abastecía directamente al mercado de Bata mucho más rentable donde enviaba toneladas de café, cocos y mangos. Los indios de Metharaham eran los que se encargaban de comercializar sus productos. El pescado de sus barcas, dos toneladas por día, lo llevaba Gonzalo, el comerciante santanderino de Río Benito; él a su vez vendía el pescado fresco de Ndote a toda la aglomeración de Mbini. Ñangüe guardaba las mejores piezas capturadas para su amigo y patrón Godoy, el comandante de la marina de Río Benito. Lo que quedaba, que no era poco, se repartía en familia entre todos los de su clan de Ndote.

Hombre de bienes y de provecho, nombrado “emancipado” (con los mismos derechos de un súbdito español) por la administración colonial, Ñangüe se esmeraba mucho en sus relaciones con los más pudientes. Siempre se ponía al lado de los más fuertes. Nunca le gustó la oposición política. Siempre la había combatido. Duramente. Se conformaba siempre con la ideología del régimen imperante. En tiempos de Alfonso XIII, para estar a tono con la Corona, el hombre de Ndote se hizo traer de Corisco una corona de madera cubierta con piel de oveja que se ponía majestuosamente en los momentos festivos. Decía que aquella joya se la pusieron los griegos sobre la cabeza de uno de sus antepasados corisqueños cuando la expedición de Herodoto llegó en el Monte Camerún. Pero la gente de la oposición, las malas lenguas, decían que la corona de Ñangüe había sido regalo de un negrero judío que se había enriquecido entre Amsterdam y el golfo de Guinea como armador en tiempos de la trata de negros.

Con su corona de judío en la cabeza, Ñangüe se hacía montar sobre una cabra del poblado, en tiempo de cuaresma, cuando llegaba el día del Domingo de Ramos. En este día, Ñangüe daba una apoteósica y triunfal gira por todo el pueblo de Ndote, desde la

playa hasta la calle principal que enlazaba con la carretera nacional Río Benito-Puerto Irradier, entre Kogo y Mbini. Y, detrás, todo el pueblo iba alabándole, como a Jesús a su llegada en Jerusalén. Cuando llegaba el día del Jueves Santo, Ñangüe cambiaba de personaje y cedía su plaza de Pasión a su hijo primogénito que se llamaba Bandja. De este modo, durante el Calvario, el sucesor de su linaje heredaba la pesada cruz de Cristo, mientras que el mismo Ñangüe se transformaba en centurión romano, con un látigo en la mano. Entre gritos y lloros de compasión, Ñangüe acompañaba a su vástago en el monte del sacrificio, azotándole bajo el duro sol tropical. “Sí señor, los méritos se ganan sufriendo,” gritaba Ñangüe, ensañándose duramente con su hijo caído bajo la cruz y proseguía “Si quieres sucederme un día, si quieres heredar esa fortuna que se extiende por todo Ndote, grita, llora, sufre y muérete, entonces resucitarás a mi lado, estarás en mi diestra, como Cristo en el trono de su Padre Eterno.” El padre Miguel Sabori, misionero español y párroco de la comarca, admiraba en extremo a aquel buen patriarca, que sabía traducir la Pasión de nuestro Señor en Palestina en aquellas tierras lejanas de África. Aquel hombre iluminado por la gracia de Dios siempre daba un formidable ejemplo de fe y vida, con sangre, sudor y lágrimas. El hombre de Dios veía en la acción de Ñangüe la prueba palpable de la voluntad inquebrantable de los guineanos en abrazar resueltamente la liturgia católica, como único camino de la salvación. Porque para el predicador blanco aquellos momentos eran de intenso apostolado y de profunda devoción. Y, él también, poniendo su cruz en ristre, como si fuera a desafiar al astro rey, el misionero español, inmóvil y sin parpadear, se quedaba fijo ante el disco solar, desafiando el fuego del cielo y bendiciendo a Ñangüe, al tiempo que sus labios ungidos murmuraban sabias palabras doctamente pronunciadas en la lengua de Dios: “Dominus vobiscum; Pater, Filius et Spiritus Sanctus. Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominis laudantis tuo.” Consagrado hombre de paz y habiendo recibido la santa bendición de la mano del misionero español, Ñangüe, llevado por su espíritu piadoso, redoblaba entonces sus esfuerzos golpeando furiosamente a su hijo caído bajo la cruz y azotado también por el sol tropical. El domingo de Resurrección era un triunfo para Ñangüe.

Así era Ñangüe: gran católico, hueso duro, hombre recto, alma tormentosa que a veces también se deslizaba por sendas tortuosas cuando llegaba en la espesura de la

selva de Saba. Porque el héroe de Ndote era también hombre sin convicciones profundas ni ideologías duraderas. Ñangüe se adaptaba con inusitada rapidez ante cualquier cambio sociopolítico. “Si alguien le toca a mi amigo Alfonsito siquiera un pelín, allí en Madrid se enterarán de mí y sabrán de verdad quienes son los de Ndote,” solía decir refiriéndose al rey Alfonso XIII cuando recibía a una delegación oficial española. Pero el día en que los españoles optaron por la República, mediante referéndum, mandando al exilio a su “amigo Alfonsito,” Ñangüe fue el único autóctono guineano que junto a los colonos españoles fueron a condenar públicamente en Bata al malogrado Monarca. “Yo siempre he dicho que los Borbones son unos traidores, gritaba, Alfonso XIII ha hecho en España lo mismo que Enrique IV hizo en Francia, una gran traición; Alfonso ha abandonado a los españoles tal como Enrique se deshizo de los protestantes.” El mismo día de la destitución del rey de España, Ñangüe cogió la barca y se fue a Corisco donde todavía se encontraba el representante de la corona española. Con la ayuda de otros habitantes de la isla, la “comitiva republicana” de Ñangüe echó al mar al asustado funcionario que tuvo que ganar a nado las costas gabonesas para salvar su vida. Tuvo suerte, se agarró al tronco de un cocotero que iba flotando y de esta manera fue recogido por una fragata de la marina francesa en las costas gabonesas. En Bata, siempre con la solapada presencia de Ñangüe, los republicanos inauguraron el Sub-Gobierno de Río Muni, sede de la nueva representación del poder de Madrid. De regreso a Ndote, Ñangüe abandonó su credo monárquico, echó su vieja corona al mar y se puso una boina vasca. “Los carlistas y los republicanos son los que deben gobernar en España,” declaró.

El periodo republicano fue cachondo para Ñangüe. Extendió la red de su influencia hasta Punta Mbonda y más tarde hasta Río Campo. Negoció, no sin éxito, la instalación de varias empresas madereras y comerciales en su distrito de Mbini. La batalla fue ardua, puesto que la mayoría de las sociedades entrantes quería instalarse en Bata, capital provincial y centríco emplazamiento geoestratégico, con numerosas vías de comunicación terrestres, marítimas y fluviales. Desde los ríos Ekuku y Utonde se podía también penetrar rápidamente hacia el interior del país. Ñangüe tuvo que hacer uso de toda su artillería oratoria, utilizando a fondo sus relaciones en la administración colonial para atraer a Río Benito a un apreciable número de empresas, entre ellas Juan Jover, Garrita, Alena, Izaguirre y Fortuny. Por su dinamismo económico, estas sociedades crearon a su vez en

Río Benito un polo de atracción comercial que atrajo a numerosos comerciantes españoles como Ramos, Zarandona, Escauriaza, Tomilio, Tapia, Gonzalo, Léman y otros.

En aquellos días, en Ndote, cuando el padre Sabori llegaba para la celebración pascual, el jefe ndowe mandaba decir al sacerdote catalán que estaba indispuerto en la cama y no podía moverse. De este modo, durante todo el periodo republicano en España, la pascua se celebró en Ndote sin calvario ni azotes. Con la cruz en el bolsillo y sin sacrificio, el padre Sabori regresaba a su morada misionera de Etembue sin dar su dolorosa bendición pascual. Pero aquella amnistía no duró mucho. El 18 de julio de 1936, los militares proclamaron el “Alzamiento”, un golpe de Estado que fraccionó a la sociedad española. En Guinea la mayoría de los colonos eran todos “fachas” y desde el primer momento ganó la junta militar. Aquel día, Ñangüe saltó de su imaginaria cama y, deshaciéndose rápidamente de su enfermedad, fue a ponerse de hinojos ante el padre catalán. “Bendíceme padre, le dijo, he estado atado en la cama impedido por la enfermedad republicana.” Tras lo cual Ñangüe volvió a coger su cayuco, rumbo otra vez a Bata. En la capital provincial Ñangüe volvió a ser entre los blancos el único “hombre de color,” como le llamaban púdicamente los colonos blancos, que formó parte del “comité civil antirepublicano” que respaldó el “Alzamiento” en Río Muni. En Bata, Ñangüe se encargó de comunicar a los “indígenas” la buena nueva que llegaba de España; le bastó para ello dar un par de visitas enérgicas en el perímetro batense: una en Udubuanjolo y otra en Mabenga, los dos barrios que se conocía entonces en la capital litoral. En realidad eran pueblos ndowes que la expansión de la metrópoli playera había ido devorando. Mabenga ya desapareció dando lugar a Moganda, Mondoasi, Mvam Nguele y Los Cocos. Udubuanjolo sigue invicto como bastión ancestral ndowe en la capital litoral. De regreso al Sub-Gobierno, tras haber condenado en su pequeña gira batense al “criminal gobierno repúblicano y a todos los canallas que habían estado a su servicio,” Ñangüe se dio de narices con el último representante del gobierno republicano de Madrid que andaba haciendo apresuradamente sus maletas. Se llamaba Juanjo Lobo López, apodado “el lobo.” El funcionario de la gobernación era un asturiano de mucha madera, símbolo de la historia de España; había sido miembro de todos los sindicatos en boga en la Península: empezó con el sindicato del socialismo obrerista UGT, luego pasó al no poco laborista

CNT para continuar en secreto con los federados de la FAI, antiguo miembro de las Comisiones Revolucionarias y veterano huelguista de las minas de Oviedo, habituado a los enfrentamientos políticos y físicos. Era alto, con muy buena corpulencia de boxeador. Ñangüe midió las fuerzas y perdió; ante el peligro solo pudo articular una cobarde oferta:

—Ejem, eeh, soy Ñangüe, vengo a salvarte porque tú siempre has sido muy bueno en el ejercicio de tus funciones durante el periodo republicano. He venido a ofrecerte mi barca para que puedas escapar a la frontera, hacia Gabón; allí te recogerán los franceses.

El asturiano le miró de arriba abajo, comprendiendo inmediatamente la razón de su oferta, pero él también analizó la situación llegando a la misma conclusión. La propuesta de aquel “indígena emancipado” no se podía escatimar, pero le hubiera gustado romperle la cara a aquel sinvergüenza descarado que hacía apenas unos días no paraba de lanzar vivas y glorias en nombre de la República.

—Está bien —dijo—, pero escúchame bien: si me las juegas te reviento los sesos con eso.

Le mostró una enorme Bereta que llevaba camuflada en su cintura.

—Otra cosa —continuó el asturiano—, ayer tus energúmenos del “Alzamiento” se cargaron a García Lorca. Dudo de que puedas comprender algún día el alcance de lo que te acabo de anunciar.

Días después, en España, la familia de *el lobo* fue diezmada por el victorioso y rencoroso ejército franquista, que perpetró varias masacres en zonas republicanas después de la guerra. Su madre, su hermano menor y sus tres hermanas fueron ejecutados junto con otros campesinos en las inmediaciones de Villaviciosa (Asturias). Se dijo que la carnicería la ejecutó el Batallón de Arapiles, una unidad de la VI Brigada de Navarra.

En Guinea, Ñangüe salvó la vida del republicano que se escapó a Gabón. Esta vez fue la gendarmería colonial francesa la que acogió al español en las playas de Cocobeach. Sin embargo el hombre de Ndote dio una versión muy diferente de su bravura cuando se fue al confesional del padre Sabori. “Le llevé al matadero colonial de Corisco; allí le degollamos como a un perro a este rojo.” Satisfecho, el cura transmitió la información al comandante de la guarnición de Bata. El militar era un sevillano de pelo en pecho, de mucha caña y lengua caliente. Presumía de haber conocido personalmente a

Franco cuando el futuro Caudillo fue desterrado en Canarias por el régimen republicano. Moyano, era su nombre, decía también que había acompañado al general Mola en lo que él llamaba “la campaña de África,” donde había ganado muchas batallas. Para contar sus proezas el andaluz se subía en una mesa impresionando a su público con una larga lista morisca de nombres altisonantes: Bab-el-Tizzi, Kudia Mahfora, Abd-el-Krim, Bab-Izugar, Ait Kamara, Admán-Zercat-Targuist, etc. “Señores, concluía dando unos pasos de flamenco, yo sigo la marcha iniciada por este general invicto (Mola) caído en el frente al pie del cañon”.

El periodo franquista vino a colmar una vez más las pujantes ambiciones del hombre de Ndote. Su economía era boyante y el distrito de Mbini, que también ya rezumaba el fructuoso jugo de la economía colonial, estaba prácticamente en sus manos. Ñangüe empezó a promocionar a una nueva generación de jóvenes instruidos, la mayoría maestros y administrativos, egresados de la Escuela de Artes y Oficios de Bata y de la Escuela Superior de Santa Isabel, hoy Malabo. A muchos de ellos los conoció en el curso de sus giras en el litoral riomunense, en Bata, Mbini, Kogo y Río Campo. Poco a poco, les fue situando en los puestos claves de la nueva administración franquista autóctona. Este periodo fue fasto para el benga. Empezó a interesarse también de lo que pasaba más allá de sus tierras del litoral. Empezó a asomarse por el interior del país, en el país fang, y mirar también lo que pasaba en el otro lado del mar, en la gran isla, en Fernando Poo. Ñangüe presentía que el futuro de su pueblo se fraguaba en estos dos espacios que él no conocía. Ñangüe tenía el infalible instinto que posee todo animal político, como hombre de poder que era. En el tejado de su casa había instalado una veleta, regalo de su amigo marino, el comandante Godoy. El pescador de Ndote sabía siempre por dónde soplaban los vientos, cuándo había que hizar o ariar la vela. Sabía exactamente el momento de virar a estribor o de girar a babor. Ñangüe era un buen navegante. Le hablaron de un jefe tradicional de Mikomeseng, Abeso Motogo, primer jefe de la tribu meban. Ñangüe preparó un viaje y fue a verlo, vino encantado y la experiencia le gustó.

Eran los años cincuenta, años de hegemonía política franquista. Para ponerse a tono con los mitos castellanos que el franquismo había puesto en boga en España, en

Guinea Ñangüe también empezó a bautizar sus bienes con nombres gloriosos de la historia de España. Su flota pesquera se llamó la *Armada Invencible*, su barca de pesca preferida vino a llamarse *Trafalgar*, la de su hijo primogénito, Bandja, se llamó *Lepanto*. Su timonero era manco, un tiburón le arrancó el brazo y llevó parte de su mano al fondo marino en el curso de una intensa jornada naval que se desarrolló a orillas de Jandje, pueblo rival de Ndote. Naturalmente, Ñangüe acusó a su contricante el jefe de Jandje, Ngulampanga, otro cacique comarcal, de haber provocado con su “masanga,” hechizo, la pérdida de la mano de su timonero. Ngulampanga tenía fama de gran brujo. También poseía varias barcas de pesca, pero se decía que su verdadera armada era un escualo feroz. Se contaba, entre rumores de río y murmullos de mar, que al caer la noche Ngulampanga aparecía desnudo en una playa solitaria, allí se transformaba en tiburón y atacaba a sus enemigos.

La enemistad entre los dos hombres se situaba más bien en el marco político. Traducía también el antagonismo de los dos principales partidos políticos hegemónicos del distrito de Mbini en aquellos días, el Munge y el Monalige. Ngulampanga, oriundo de Mbini, no soportaba el protagonismo hegemónico ejercido por Ñangüe, que había nacido en Corisco, en Nanda, instalándose más tarde en Mbini, en Ndote. Desde su llegada, todo lo que se hacía en Mbini y en toda la comarca pasaba por las manos del acaparador benga. Mientras que, antes de la llegada de Ñangüe, Ngulampanga dejaba oír su voz, desde Jandje hasta Malacha y desde Bolondo hasta Sendje. Incluso las reuniones anuales que la administración española organizaba en Jandje se habían trasladado a Ndote. Durante estos encuentros, el comandante de la marina de Mbini, el capitán Godoy, se reunía con los jefes playeros de la región sur del litoral para tratar asuntos marítimos y temas variados. Los asuntos marítimos se trataban colegialmente en esa asamblea de jefes, pero los temas variados, que eran también los que más abundaban en la carpeta del marino español, eran tratados en reducido comité, cara a cara entre Godoy y Ñangüe, lo cual irritaba en sumo grado al hombre de Jandje que tenía mala uva. Ngulampanga era bapuku, los bapukus son primos de los bengas, por esa razón de proximidad tribal las relaciones de los dos hombres eran muy distantes y tirantes. La rivalidad muy fuerte. Se trataba de dos clanes hermanos en pugna por el poder.

En varias ocasiones, los dos jefes, primos hermanos, con argumentos idénticos habían intentado disuadir a la playera de Bolondo de no acudir durante su ciclo menstrual en el poblado del otro. A lo que la ninfa de la sangre respondía que aquella prohibición le estaba vedada. El germen que salía de sus entrañas pertenecía a todo el pueblo playero en su máxima extensión, incluyendo a los fangs y bujebas que convivían con los ndowes en el litoral riomunense. Entre ellos ya existían desde generaciones atrás lazos de consanguinidad. La tensión entre los dos hombres alcanzó su punto culminante a principios de los años sesenta, cuando la administración española que acababa de inaugurar en Guinea el régimen autonómico nombró para Río Muni un nuevo gobernador civil en la persona de don Víctor Suances Día del Río, un jerarca franquista de buena cuna y buen padre de familia. Era un hombre afable, honesto y honrado, enviado por el poder de Madrid para venir a calmar y templar paternalmente los impetuosos espíritus guineanos que reclamaban precozmente la independencia. En Mbini, don Víctor Suances fue objeto de un recibimiento apoteósico, con todo el ceremonial del Movimiento entonces en boga: militares vestidos de gala desfilando bajo las notas del Águila Real, niños con uniforme de Falange y paso marcial entonando cantos de marcha:

Ran tam plan el regimiento infantil
Ran tam plan va a luchar y vencer
Lleva en la mano un fusil
Ran tam plan va a luchar

Para defender nuestros honores
Vamos sin miedo a combatir
Por Cristo el enemigo muera
Pero a la Patria hay que servir

Ran ran ran ran
Ran tam plan plan plan.

El que dirigía toda esa orquestración con mano de maestro y ritmo de Congo era, una vez más, el inevitable Ñangüe, cuyo discurso de bienvenida al gobernador, lleno de elogios a la “madre patria España,” agradó al hombre que venía de Madrid, que pudo apreciar también el estilo muy elegante del benga al reivindicar “la autodeterminación no contra España, insostituible madre patria, sino con y por la metrópoli. Para dar testimonio del progreso y madurez adquiridos por el pueblo de Guinea, gracias a la intensa y fraternal labor civilizadora de España, madre de naciones, en sus entrañables territorios africanos.” Como recompensa, Día del Río anunció dos buenas noticias a los habitantes de Mbini. La ciudad iba a tener su primer alcalde negro, hijo de Mbini. El cargo recayó sobre el maestro Luis Mitogo Ekang, un joven político, estrella emergente de la comarca y mano derecha de Ñangüe. La segunda noticia-regalo para la población de Mbini era el anuncio de la ordenación próxima del primer obispo negro de Guinea, el doctor Rafael María Nzé Abuy, también hijo de Mbini, natural de Egombegombe, un pueblo aliado al hombre de Ndote. Un gesto eminentemente político de la administración colonial española. El nuevo Gobernador civil nombró naturalmente a Ñangüe presidente de la comisión riomunense de la ordenación de Nzé Abuy, “en aras de su experiencia y de sus múltiples servicios prestados a España en todo momento y a lo largo de su historia contemporánea,” dijo el bondadoso jerarca castellano.

Durante los meses que precedieron la ordenación del obispo, la comisión de Ñangüe, mediante una intensa y eficaz campaña, se encargó de recolectar limosna en todos los lugares públicos del territorio riomunense: en las playas, en las plantaciones, en los ríos, en los puentes, en los puertos, en las barrerras, en las prisiones, en las capillas, en las iglesias, en las escuelas, en los mercados, en las estaciones, en los estadios, en las ciudades y en los poblados. El dinero recolectado fue un montón, superando con creces el monto necesario para financiar la ordenación del primer obispo autóctono de la historia católica de Guinea. Tras su instalación en la diócesis de Bata, el joven obispo empezó a publicar su “hoja pastoral” con un tema recurrente: “Los cristianos ante la independencia de su país.”

La operación Nzé Abuy fue un negocio redondo para Ñangüe, quien no solo ganó dinero sino también fama, prestigio personal y nuevas parcelas de poder. Generoso y

reconocido, Ñangüe distribuyó parte de la bolsa del apostolado batense al obispo de la selva de Saba. El hombre de Ndote reexpidió una buena suma de dinero a su aliado Oden Mboa. Colérico y celoso ante la irresistible ascensión de su rival, Ngulampanga fue a ver al jefe de la Guardia Territorial de Mbini, acusando a Ñangüe de practicar el bueti y desviar al mismo tiempo los fondos destinados al futuro jefe del prelado guineano, hijo elegido de la Santa Madre Iglesia Católica, en beneficio de una pagana y pródana iglesia de la selva cuyo culto estaba expresamente prohibido por la administración española. Le explicó que Ñangüe y los suyos se iban todas las noches de los sábados a oficiar en Saba, donde Oden Mboa, el jefe bueti. En aquellos días la guarnición de Río Benito estaba bajo el mando de un joven teniente impetuoso, Fernando Enseñad Sánchez Cruzad, ávido de medallas y amante de cruzadas. Sánchez Cruzad no esperó a consultar con su homólogo de la marina, el capitán Godoy, ya que Saba se encontraba a varias millas tierra adentro, dentro de la jurisdicción de la Guardia Territorial. De modo que el militar, una buena noche de lluvia, se llevó a medio batallón de la Guardia Territorial a la selva sagrada de Saba.

En un sábado, en el laberinto de la selva de Saba, los soldados sorprendieron a miles de adeptos en pleno trance recibiendo al espíritu de la noche. Muchos se encontraban todavía bajo los efectos de la planta sagrada, “el iboka,” un fuerte alucinógeno que les mantenía los ojos desorbitados, disfrutando del “viaje,” llevados por el hechizo de la droga. Advertido por su sexto sentido, Ñangüe, que tenía rango de “kombo,” no se presentó aquella noche en el “meyaya.” Así se salvó de la redada, pero muchos miembros de su familia fueron capturados. Tuvo que venir a prestar declaración en la comandancia de la Guardia Territorial. A la mañana siguiente, informado de los hechos por el teniente Enseñad, Godoy, que conocía a los dos hombres, supo de inmediato lo que había pasado. Hubo celos y rivalidad fraticida. Como militar de mayor graduación y decano del joven Enseñad, Godoy decidió organizar un debate público entre los dos jefes en el Tribunal tradicional de Mbini. Era justamente en el Tribunal tradicional donde la administración colonial zanjaba los pleitos y rencillas entre los autóctonos. Se convocó pues a los dos jefes a un debate público donde solo la elocuencia y los argumentos del uno y del otro iban a decidir. Godoy conocía sobradamente al brillante orador que era Ñangüe quien solo se podía comparar con otro famoso jefe del país fang, el famoso

Abeso Motogo, primer jefe de la tribu meban, en Mikomeseng. Se convocô pues a los dos jefes ndowes.

Fue un enfrentamiento de antología. Todo el pueblo de Mbini había venido a presenciar el duelo entre los dos caciques más influyentes de la región. Se decía también que los dos hombres militaban en sendas formaciones políticas antagonistas que militaban por la independencia del país. Se trataba también de las dos formaciones más populares de Río Benito cuyos miembros, se decía, esperaban ganar puestos relevantes con mil honores el día grande de la triunfal independencia. Ñangüe era el presidente de distrito de Monalige (Movimiento Nacional de Liberación de Guinea Ecuatorial) liderado por Atanasio Ndongo Miyono; Ngulampanga era un notable del Munge (Movimiento de Unión Nacional de Guinea Ecuatorial) liderado por Bonifacio Ondó Edú. Los otros partidos eran prácticamente desconocidos por los habitantes de Mbini. Se hablaba de Ipge (Idea Popular de Guinea Ecuatorial) liderado por Francisco Macías, pero a nadie le gustaba, decían que era un loco. Un loco que decía verdades a los blancos, esa era la base de su popularidad. El día en que Macías llegó en Mbini, en 1966, siendo todavía vicepresidente del Gobierno autónomo y consejero de Obras Públicas, fue abucheado por la población de Río Benito.

Los dos jefes playeros ambicionaban puestos en la futura República. El primero en abrir las hostilidades, en lengua vernacula bapuku, fue Ngulampanga, quien hizo un prolongado relato de su arraigo en el distrito de Mbini, sus realizaciones y sus hechos como auténtico hijo del pueblo de Río Benito. Contrario a “muchos errantes que cambiaban de pueblo y de origen de costa a costa como la mariposa de flor en flor,” concluyó Ngulampanga con malicia. Su discurso estuvo siendo traducido para los blancos presentes por los traductores habituales del Tribunal tradicional. A continuación habló Ñangüe. El benga, como es costumbre en Corisco, se expresaba perfectamente en castellano. Se decía también que el hombre de Ndote había ido a las grandes escuelas. Pero nadie sabía decir dónde se localizaban esas grandes escuelas que habían dado a Ñagüe todo el español que “castizaba.” En su ponencia, el cacique de Ndote empezó contraatacando a partir del último ataque del jandjés. “Dicen que soy un errante, empezó diciendo, abandono pueblos, voy de costa a costa. ¿Esto va para mí o para nuestra

adorable hija de Bolondo, sirena de nuestras playas, Chama, que va de pueblo en pueblo, de costa a costa, sembrando con su sangre el germen de nuestra regeneración?”

Chama era una diva, una diosa para el pueblo de Mbini, todos conocían a la mítica leyenda viviente de Bolondo y muchos se habían beneficiado de sus dádivas mensuales distribuidas de costa a costa y de pueblo en pueblo. Hábilmente, con esta breve introducción, Ñangüe se metió el público de Mbini en su bolsillo, con la sola evocación de la joven playera. Inmediatamente después entró en materia.

“Como súbdito guineano, y más particularmente como ndowe, continuó, no se me puede negar asentamiento en el area cultural de mi estirpe, que es el litoral riomunense, más concretamente aquí en Mbini. Porque este es mi pueblo, tal como Corisco es vuestra isla. El que pone en entredicho mi legitimidad como hijo de pleno derecho de esta nuestra comunidad, no solo socava los fundamentos sagrados del pueblo ndowe sino que también atenta contra los principios inalienables de la Ley Orgánica del Estado español que regula el funcionamiento armonioso de nuestras comunidades guineanas como territorios españoles.”

Esta última tirada iba destinada a los españoles presentes quienes, sin dejar terminar la frase del orador, se pusieron a aplaudir. Desde entonces, con todo el público a sus pies, el corisqueño de Ndote, seguro de haber ganado unos buenos puntos de entrada, continuó su pugna contra su contricante, ignorando ostensiblemente la presencia de su rival en el Tribunal tradicional y hablando ex cátedra, como si no estuviera en un debate contradictorio. Ngulampanga guardaba silencio, él no había ido a la escuela ni había visitado Corisco. El hombre de Jandje no podía “castizar” como lo hacía su rival de Ndote. Y, adoptando la culpable y vergonzosa actitud de un niño que ha abierto una colmena por imprudencia, Ngulampanga se hizo como un ovillo en su asiento y esperó, temeroso, el paso del enjambre. Los picotazos no se hicieron esperar. Satisfecho por el efecto de su preámbulo, Ñangüe continuó golpeando con su elocuencia.

“En Mbini, aquí en Río Benito, un benga nunca ha sido extranjero ni mucho menos forastero. Es más, los bengas que se nutren de la savia que mana de la estirpe ndowe han participado cumplidamente y con creces a la prestigiosa y hegemónica evolución de la cultura playera en nuestro distrito. Yo diría incluso más allá de nuestro distrito. Sí señores. Aquí y ahora os puedo hacer una pequeña revelación, continuó Ñangue con

aires misteriosos, hace poco el gobernador de nuestra provincia, don Víctor Suances Día del Río...”

Al pronunciar el nombre del gobernador, Ñangüe marcó una breve pausa, saboreando el impacto de sus palabras en su auditorio y antes de continuar miró rápidamente de reojo a su rival de Jandje, Ngulampanga: este sudaba a choros en su sillón.

“Decía pues, reanudó, que don Víctor me hizo llamar un buen día en Bata y me recibió personalmente en su despacho; al verme exclamó: ‘Ñangüe, te conocen en España’. Me acuerdo que yo le respondí con mucha emoción y le dije textualmente ‘Excelencia, si me conocen en España es porque yo soy de Mbini y natural de Ndote’...”

Al contar esa anécdota, todos los asistentes se levantaron aplaudiendo largamente al héroe de Mbini, ciudadano emérito de Río Benito.

“Por eso, continuó Ñangüe, yo saludo la acción y la actitud peculiar de los hombres de Mbini, ndowes, bujebas, fang... Todos se han integrado plenamente a la cultura ndowe tal como nosotros los ndowes nos hemos también abierto a sus culturas, llegando a generar lo que yo llamo la civilización playera de Mbini, fruto de la intronización de nuestras diferentes culturas. Por eso los que vienen de Bata, de Santa Isabel y del interior del continente a visitarnos aquí en Mbini se quedan agradablemente sorprendidos por nuestra identidad polifacética y por la armonía que reina en nuestra comunidad fruto de la riqueza de nuestro sesgo cultural. Recogiendo esta realidad como palestra, prosiguió doctoralmente el benga, vemos también que en esta nuestra comunidad caben también aquellos hombres, mujeres y niños que salieran de sus tierras de España para venir a transmitirnos valores hispánicos, su cultura y la lengua, vehículos de expresión y señas de identidad que nos permiten situarnos en esta África que avanza hacia el mundo moderno contemporáneo. Este es el proyecto de sociedad que yo, Ñangue, presento aquí y hoy en Mbini. Es un compromiso fraterno que excluye todo tipo de discriminación racial, tribal, geográfica, étnica y religiosa. Por eso yo siempre digo a mis amigos españoles que no deben establecer barreras ni controles por todas partes impidiendo a los guineanos participar a la magna labor de civilización que ellos mismos nos dicen que han venido a realizar en nuestras tierras africanas...”

Tras pronunciar estas palabras Ñangüe volvió a observar una breve pausa para ver la reacción del público y medir el impacto de sus ideas. El mesurado ataque a la administración española sonó a oídas de los jóvenes guineanos duramente reprimidos por el cerco colonial como un ataque en regla contra el opresor español, lo cual provocó largas ovaciones en el público guineano con gritos de “Ñangüe, Ñangüe, Ñangüe.”

“Esto significa, concluyó el líder local, para todos nosotros, que en estos momentos en que nuestro pueblo avanza al encuentro de su destino, con todos sus valores, debemos hoy más que nunca, fomentar nuestra unión dándose la mano unos a otros como yo lo hago aquí y ahora —avanzó a abrazar al pobre Ngulampanga desmoronado en su palco—, dando mi mano al gran jefe bapuku, señor de Jandje, mi querido hermano y amigo Ngulampanga.”

Al terminar su intervención, Ñangüe fue largamente aplaudido. El líder de Ndote fue auroleado no solo por el público guineano sino también por numerosos miembros de la colonia española de Mbini quienes, inquietos por el destino que les reservaba la futura independencia del país, habían acudido al mítin para asistir al debate de los dos jefes de Mbini considerados entonces como futuros prohombres de la próxima República. Se decía entonces que en Madrid el Generalísimo ya había recibido en su palacio del Pardo a varios líderes autóctonos que reclamaban la independencia. El discurso de Ñangüe, moderado y reivindicativo, había gustado tanto a la franja de la población guineana que quería la independencia inmediata como a los colonos españoles que querían preservar sus privilegios en aquellas tierras de encanto tropical, donde cualquier blanco aun viejo y feo podía ligar, solo con la mirada, a una hermosa negra de dieciseis años. Lo mismo ocurría en la selva virgen guineana, virilmente penetrada por potentes empresas forestales que ofrecían a la economía española sus abundantes recursos con una variedad de especies forestales altamente cotizadas en el mercado internacional. La madera que se explotaba en los bosques de Mbini era transportada en almadía hasta los buques que fondeaban permanentemente en la desembocadura del río Benito, que partían directamente a España. Mbini exportaba también a la península productos agrícolas variados como cocos, aceite de palma, piñas y mangos. Este era el tributo colonial que la región pagaba anualmente a la potencia ocupante. Lo mismo ocurría en las

demás zonas económicas del territorio guineano sometido a España. Por eso el horizonte de la independencia asustaba sobremanera a los colonos españoles mientras que los guineanos lo vislumbraban con ansias y ganas de libertad.

José Ramos, un acaudalado comerciante canario de Mbini, que había asistido esperanzado al triunfo de Ñangue sobre su rival, satisfecho por la prestación del hombre de Ndote, vino a ofrecerle un garrafón de vino de 36 litros; los seguidores de Ñangüe, al ver la gustosa ofrenda, sedientos, también colmaron a su jefe con gritos y vítores: “Ñangüe moana mboka, Ñangüe moana Mbini” (“Ñangüe hombre del pueblo, Ñangüe hijo de Mbini”) y, en volandas, lo llevaron a Ndote, para ir a abrir el exquisito recipiente que contenía el precioso líquido. En Ndote, Ñangüe volvió a montar sobre su cabra y efectuó otra vez una triunfal y apoteósica marcha en la avenida principal del poblado. Aquella noche fue muy calurosa en las playas de Mbini, con inauditas mezclas de vino de Jerez y vino de palma. Llegó un grupo musical que venía del pueblo vecino de Sípolo, que en aquellos días encabezaba la lista de los cuarenta principales de la discografía riomunense con un tema muy en boga en aquellos tiempos, *Asili Café* (la reducción del precio del cacao), un éxito muy sonado acorde con los aires preindependentistas que soplaban en el golfo de Guinea.

La noche negra se iluminó en Ndote con las mil antorchas que salían de las chozas. En la playa, frente a la mar, los hombres prepararon una gran hoguera en medio de una pista circular. De entre las llamas surgió como por encanto el mekuyo de Egombegombe que vino a animar la fiesta del benga victorioso. Todos habían salido de la cabecera del distrito para ir a rendir homenaje al jefe de Ndote que celebraba su operación de triunfo.

¹ Extracto de la novela *Matinga, sangre en la selva*, de Joaquín Mbornío Bacheng, de próxima publicación.